

EE.UU.: ¿un modelo agotado? Las elecciones y el proyecto nacional

Luis Maira Abogado y Politólogo chileno. Investigador del Instituto de Estudios de Estados Unidos del CIDE (Centro de Investigación y Docencia Económicas / México). Autor de numerosos ensayos de carácter político y sociológico.

Uno de los problemas más serios que puede afrontar un sistema político es el del agotamiento del proyecto nacional que le sirve de fundamento sin que exista oportunamente uno alternativo para reemplazarlo. Cuando esta hipótesis ocurre, tanto el Estado y sus aparatos como la sociedad en que aquellos se insertan comienzan a funcionar a la deriva, en un cuadro dominado por la simple administración de la crisis; semejante situación produce, como primer efecto, un completo desajuste entre las tendencias de corto y largo plazo del proceso político.

Pensamos que un marco parecido puede servir para entender el comportamiento del sistema político norteamericano desde comienzos de la década de los 70's. Igualmente, esta perspectiva ayuda a situar en su justa dimensión el desafío central que planteará en las elecciones presidenciales en noviembre de 1984.

Como ha sido bien señalado por un agudo observador extranjero, el analista político francés André Tunc, el sistema político norteamericano se ha caracterizado hasta ahora por una constante adaptación a las nuevas condiciones colocadas por los cambios productivos y los ajustes en la estructura social. Tales reacomodos no se han basado en una modificación del marco institucional - en los hechos la Constitución de 1787 no ha alcanzado a tener ni siquiera 20 enmiendas efectivas - sino en un permanente ajuste actual decidido por los presidentes y por el Congreso que se ha caracterizado por una doble tendencia redistributiva de las cuotas de poder originario consagradas por los padres fundadores de la nación. Para aquellos, el criterio básico para la eficacia de un modelo político pasaba por el efectivo equilibrio de los poderes, tanto en la relación de las actividades del estado federal frente a los estados miembros de la Unión Americana, como en el balance de competencias entre el Ejecutivo y el Congreso. Pues bien: en los frecuentes períodos de crisis, fueran éstas domésticas o internacionales, que los Estados Unidos han afrontado a lo largo de los 20 años de su evolución política, sus gobernantes han aprovechado, bajo el pretexto de un mejor manejo de éstas, para redistribuir las cuotas de poder quitándoselo a los Estados para pasarlo al gobierno federal y, al interior de éste, expropiándolo al Congreso para reforzar la autoridad del Presidente.

El desarrollo del estado de bienestar

Se podría así, a base de una sistematización de los más importantes de estos reacomodos, hacer todo un balance crítico de los cambios experimentados por el sistema político norteamericano. A los efectos de este artículo, digamos simplemente que en el curso de este siglo el más importante y profundo de estos reajustes tuvo lugar en la década de los 30 y 40 como una respuesta a los problemas planteados por la Gran Depresión. El arquitecto de este proyecto nacional fue el presidente Franklin D. Roosevelt, el único jefe de Estado que ha alcanzado la nominación para la Casa Blanca durante cuatro períodos en toda la historia norteamericana.

El prolongado período de ascenso y prosperidad que Estados Unidos viviera en las tres décadas siguientes a la terminación de la Segunda Guerra Mundial halló precisamente su explicación en los vigorosos fundamentos del proyecto rooseveltiano. Este se basó en un consistente esfuerzo por asegurar un nuevo estadio a la hegemonía internacional de Estados Unidos convirtiéndolo en una potencia global y en la cabeza indiscutida del bloque capitalista, en un constante ensanchamiento del quehacer económico del Estado, que a partir del New Deal encaminó a la sociedad norteamericana hacia el Estado de bienestar y en una vigorización de la presidencia, para garantizarle una efectiva conducción política de la nación. Sobre tales fundamentos, este modelo aplicado por Roosevelt creó las condiciones para traducir en ventajas efectivas respecto de la actividad interna de Estados Unidos las potencialidades que abriera la importante participación del gobierno de Washington en la derrota de las potencias nazifascistas agrupadas en el Eje.

Tal como han subrayado algunos especialistas neoconservadores, como Samuel Huntington, este modelo sólo funcionó eficazmente mientras sus supuestos se conservaron vigentes. Y, entre éstos, el más importante fue el bienestar económico de la posguerra que en materia de consumo desbordó largamente las esperanzas casi utópicas que Herbert Hoover planteara en la consigna de su campaña presidencial en 1928: "en cada garaje un auto, en cada olla un pollo". Durante varias generaciones las encuestas de opinión mostraron en forma constante que los norteamericanos más jóvenes tenían conciencia de vivir en mejores condiciones que sus padres y que además esperaban para sus hijos un standard de vida superior al que ellos mismos disfrutaban. En buena medida, la consolidación de esta dinámica de un progreso indefinido, casi sin límite, explica también el estupor y las frustraciones que se han registrado en la última década después de que esta situación se modificara drásticamente.

El nuevo comienzo neoconservador

De este modo, la crisis capitalista registrada en Estados Unidos en los años 70's aparece, en virtud de un proceso complejo, como **causa, consecuencia y factor de**

conciencia del agotamiento de la etapa más brillante alcanzada por el modelo norteamericano. Los principales acontecimientos registrados en los años recientes dan cuenta de esta situación: la derrota de Vietnam, el proceso de Watergate, la crisis energética, la gran recesión de 1974-75 y el surgimiento de la **stagflation**, todo lo cual llevó hacia 1980 a esa dramática percepción de que Estados Unidos había comenzado a declinar y que difícilmente podría retener los enormes espacios que la expansión de su poderío imperial había permitido conquistar a contar de 1945.

El contexto político que caracterizó a la campaña presidencial de 1980 contribuyó poderosamente a acentuar este clima. Las crisis internacionales de Irán y Afganistán reafirmaron el pesimismo de los ciudadanos norteamericanos, haciendo que la imagen del presidente Carter descendiera vertiginosamente. Todo ello favoreció adicionalmente el ascenso de las ideas elaboradas por influyentes círculos intelectuales neoconservadores que desde un lustro antes venían preparando en el terreno cultural el viraje a la derecha de la sociedad norteamericana.

Igualmente, el contenido agresivo del discurso desarrollado por Ronald Reagan y el Partido Republicano ayudó a afianzar en muchos la idea de que la plataforma aprobada en la Convención de Detroit constituía el germen de un proyecto nacional nuevo y completo que comenzaría a ser implementado tan pronto como la nueva administración republicana se instalase en la Casa Blanca en enero de 1981.

Pensamos que esta es la única referencia válida para juzgar el quehacer y las perspectivas del actual gobierno estadounidense.

Y a la luz de este tipo de consideraciones, el trabajo efectuado por el presidente Reagan y sus colaboradores ofrece un saldo no muy favorable en sus contenidos y bastante inquietante en sus proyecciones. **Se puede tener cualquier opinión sobre la conveniencia y corrección de las políticas ejecutadas por los republicanos en los primeros tres años del cuadrenio 1981-1985 Sin embargo, difícilmente se podría ver en ello la "revolución conservadora" que los intelectuales de la derecha radical anuncian como su programa a fines de la administración Carter.** Lo que Reagan ha hecho no aparece como la ejecución de un proceso capaz de expresar el complejo e integrado sistema de ideas que privilegiaba la filosofía política como base para posibilitar un "nuevo comienzo" de los Estados Unidos. El énfasis neoconservador de que no existía una crisis estructural sino tan sólo los desajustes políticos ocasionados por una pérdida de credibilidad en el modo de vida americano que resultaba de la concentración de una "nueva clase" formada por todos aquellos burócratas y especialistas (expertos en salud pública, ecología, rehabilitación criminal o planificación urbana) que ligaban su prestigio y su progreso personal al crecimiento de los programas estatales junto a una "subclase" formada por aquellos otros (minorías étnicas, cesantes crónicos, ancianos) que vivían del crecimiento del Welfare State y se habana constituido en una clientela política que daba su apoyo a los candidatos demócratas dispuestos a hacer proliferar los programas sociales. Los ideólogos neoconservadores predicaban la necesidad de

terminar con la "sobrecarga" que recalentaba y volvía adiposo al Estado norteamericano y aparecían dispuestos a reajustar el sistema político para resolver tajantemente los problemas de "governabilidad", aún al precio de hacer menos competitiva la democracia norteamericana. Quienes sugerían un drástico reajuste de la política exterior para restablecer las prioridades del enfrentamiento y la contención del comunismo, ciertamente han ejercido influencia en algunos de los proyectos y políticas ejecutados por el presidente Reagan, pero han estado lejos de convenir la aplicación de un modelo político alternativo que entrecruzando todas estas concepciones emprendiera la remodelación profunda del Estado y la sociedad y fuera capaz de llevar a Estados Unidos a una forma superior y nueva de organización capitalista.

Las explicaciones de tal resultado podrían ser múltiples. Tienen que ver con los conflictos que se han presentado en las últimas décadas entre los equipos políticos que cualquier nueva administración incorpora y las influyentes burocracias profesionales que forman, en su conjunto, lo que los especialistas en la organización política norteamericana denominan gráficamente "el gobierno permanente". Se puede atribuir a las dificultades que algunos programas del presidente Reagan han encontrado en un Congreso en que los demócratas tienen, después de las elecciones de noviembre de 1982 un sólido control en la Cámara de Representantes. O podrían finalmente relacionarse con las disparidades existentes entre buena parte de la base de apoyo que Reagan tuvo en su victoria de noviembre de 1980 (obreros, industriales y una buena parte del voto hispano hablante y de los grupos de menores ingresos) con la racionalidad claramente clasista de las medidas impulsadas por los republicanos, cuyo costo social ha recaído precisamente sobre aquellos grupos que al abandonar su adhesión a los demócratas y apoyar a Reagan fueron determinantes en la victoria electoral republicana.

Los problemas principales

Pero como quiera que sea, lo importante es que en estos años se han diluido las expectativas de una "gran solución" de raíz neoconservadora a los numerosos problemas acumulados por la crisis. Y entonces llegamos a las vísperas de las elecciones presidenciales de 1984 con el mismo síndrome de fines de los años 70s entre cuyos ingredientes principales hallamos:

- 1) la persistencia de los problemas surgidos a finales de los años 60s como **el envejecimiento de las grandes ciudades, la integración de las minorías étnicas** a la estructura del poder y la influencia por abordar los problemas de **la contaminación del medio ambiente**
- 2) **la brusca caída de la credibilidad de los dirigentes políticos**, que se fue extendiendo a las principales instituciones del establishment dentro y fuera del gobierno

- 3) **una participación decreciente de los ciudadanos en las elecciones** y demás procesos políticos formales
- 4) una inquietante **pérdida de adhesión de los partidos políticos;**
- 5) el ascenso de los **single issue groups** que ante la imposibilidad de proponer un cambio en la estructura global de poder han acabado por privilegiar un cierto tema, concentrando allí sus esfuerzos
- 6) el constante aumento de **la influencia política de los círculos burocráticos,** y
- 7) la aparición de **nuevos métodos de presión,** mediante los cuales los grupos empresariales más influyentes del sector privado tales como **la Cámara de Comercio, la Asociación Nacional de Industriales o la Business Roundtable** que agrupa a los ejecutivos de 200 de las más poderosas corporaciones transnacionales se las ingenian para obtener que el gobierno y el Congreso adopten decisiones coincidentes con sus demandas e intereses.

Así las cosas, la elección presidencial de noviembre de 1924 parece ubicarse dentro de márgenes más bien restringidos en lo que se refiere a la riqueza del debate político y a la profundidad de las opciones que estarán en juego.

Las elecciones de 1984

En el campo republicano se advirtió desde temprano un reconocimiento casi unánime al liderazgo y a la mejor opción del presidente Reagan. Aunque éste enfrenta una situación interna en que los sectores más ideologizados de la Nueva Derecha (tales como los círculos religiosos fundamentalistas de la "Moral Majority" o los grupos publicitarios vinculados a Richard Viguerie) se declaran defraudados ante su comportamiento que no consideran suficientemente conservador, lo cierto es que Reagan ha mantenido en todo momento claras ventajas al interior del Partido Republicano donde no se discute su condición de primera figura nacional. Esto ofreció grandes oportunidades al presidente en cuanto a decidir el momento más oportuno para entrar en la carrera presidencial. Entre enero y abril de 1983 todos los restantes precandidatos potenciales - George Bush, Robert Dole, Howard Baker, Jack Kemp y Robert Packwood - se adelantaron a declarar que consideraban que el mejor candidato republicano sería Reagan y que ellos lo apoyaban desde ya con decisión.

Ante semejante cuadro, las disyuntivas y preocupaciones del comando político de la Casa Blanca se han desplazado a las cuestiones que concentraban en mayor medida el interés del electorado. **Así, se pudo advertir que para las elecciones de 1984 los issues principales se concentran en el campo de la política doméstica y no en el de la política exterior. A su vez, entre los asuntos internos sobresalen**

claramente las cuestiones económicas, en especial la desocupación y la inflación.

Esto ha hecho que las opciones del presidente Reagan para lograr su reelección no dependa de factores partidarios (las primarias constituirán para él un episodio puramente simbólico) sino del comportamiento de la economía norteamericana. Si la recuperación económica prosigue y alcanza las optimistas metas fijadas por la administración los asesores políticos del titular de la Casa Blanca consideran que un segundo período de Reagan estaría virtualmente asegurado. Sin embargo, los indicadores económicos no parecen comportarse de un modo tan categórico al punto que durante el tercer trimestre de 1983 el ritmo de la reactivación productiva se incrementó en un porcentaje sensiblemente inferior al de los dos primeros. A esto se agrega el hecho de que prácticamente todos los analistas económicos coinciden en que en cualquier caso el incremento de la actividad ocupacional no permitirá reabsorber gran parte de los impresionantes volúmenes de desocupación acumulados en los tres años continuados de recesión del período 1980-1982.

En el Partido Demócrata, entre tanto, la lucha interna tiene un perfil mucho más activo al extremo que su desenlace puede condicionar decisivamente las posibilidades de un retorno al poder. Entre los precandidatos de ese partido, ya bastante numerosos, cuatro de ellos parecen resueltos a concursar activamente en las elecciones primarias: el ex senador de Minnnesota y exvicepresidente en el período 1977-81, Walter Mondale; el senador por Ohio y antiguo cosmonauta, John Glenn; el joven senador por Colorado, Gary Hart, y el senador por California, Alan Cranston. Cada uno de estos precandidatos, por su parte, representa muy bien los diferentes segmentos ideológicos existentes en este partido: Glenn al ala más moderada, Mondale al liberalismo histórico vinculado a la coalición social encabezada por la AFL-CIO y el movimiento obrero, Hart al denominado "nuevo liberalismo" surgido a comienzos de los años 80 y Cranston a la fracción más progresista conocida como la "izquierda demócrata".

Hasta ahora la mejor opción corresponde a Mondale y una segunda posición se asigna a Glenn. Sin embargo, en un proceso político tan cambiante como el norteamericano pueden ocurrir muchas modificaciones que se reflejen en el resultado de las primarias que se inician en New Hampshire el 7 de marzo. Lo que en todo caso es seguro es que la competitividad que los demócratas puedan tener en el proceso nacional dependerá mucho de que en las primarias emerja en forma rápida un postulante mayoritario. De no ser así, el costo de una lucha fratricida puede sepultar las esperanzas existentes en dicho partido de un regreso a la Casa Blanca.

En síntesis: todo parece indicar que en noviembre de 1984 tendrán lugar unas elecciones presidenciales estrechas y disputadas en que el presidente Ronald Reagan deberá esforzarse por tratar de garantizar un segundo mandato. No obstante, desde la perspectiva de una confrontación de ideas y en especial del surgimiento de un nuevo proyecto nacional existen pocas posibilidades de que asistamos a

una discusión profunda que tenga impacto en la definición del futuro de la sociedad norteamericana.

Entonces la pregunta es: ¿Cuanto tiempo más podrán seguir los gobiernos estadounidenses una simple administración de la crisis?